

Capítulo 5.

El tiempo lo dirá

Desde la restauración
democrática hasta
nuestros días



Como explicamos en la introducción de este trabajo, el mismo, abarca sólo hasta mediados del siglo veinte; sin embargo y a modo de cierre bucearemos superficialmente en el arte argentino desde la restauración de la democracia y hasta nuestros días. Será apenas un acercamiento a las corrientes, estilos y tendencias, sin ahondar en sus protagonistas pues resulta difícil evaluar hechos tan recientes.

La vuelta a la democracia La generación de los ochenta

Con el advenimiento de la democracia, se inicia un nuevo período en la vida de los argentinos. Sin las formas de censura que existían en los años anteriores y con la posibilidad de ocupar nuevos espacios para la creatividad, el discurso ideológico del arte se reanuda; pero así como algunos grupos insisten en las formas de arte de protesta –con mensajes directos que aludían a la realidad histórico-social del país–, también habrán de surgir otros grupos que, alejándose de los planteos de la generación anterior, van a adoptar nuevas actitudes y modos de abordar el arte.

En primer lugar podríamos decir que estos artistas de los ochenta se vieron influenciadas por la llamada *transvanguardia italiana*, así, actuaron falsamente como una vanguardia, y decimos falsamente ya que al seguir lineamientos foráneos se convierten más en una “retaguardia” que en una vanguardia y si quisiéramos referir el término a nuestro ambiente, el hecho de estar influenciados por las corrientes de los centros culturales europeos, no hace más que alejarlas del movimiento renovador que promovía la búsqueda de una identidad nacional de nuestro arte⁵⁴. Así, para nombrar a esta corriente que sigue las huellas de aquellos otros estilos, irán surgiendo términos tales como: *transvanguardia*, *pintura salvaje* o *neoexpresionismo* o *postvanguardia*.

Pero esta *transvanguardia* pasó rápidamente, y poco a poco, comenzaron a aparecer las características que habrían de prevalecer en esta generación: “*fragmentarismo asumido, una concepción escenográfica del espacio –artificio y simulacro de por medio–, recuperación del pasado, citas, ironía, distancia, adopción del discurso reconstructivo*”⁵⁵, fueron algunas de ellas.

Otras síntesis

Otras síntesis aparecen en artistas de esta misma generación, como ser, entre la geometría y el arte precolombino, lo ritual y lo sacro, cierto pos-minimalismo, un valor dado a lo ornamental, etc., todos ellos explorados desde la individualidad.

Para resumir este período podríamos decir que “los artistas de la Generación de los ochenta privilegian las diferencias y su objetivo principal está más bien en acentuarlas y destacarlas”⁵⁶.



Generación de los ochenta: Los artistas de esta época serán “eclécticos, en constante migración y transformación, fuertemente individualistas, acentúan más bien las diferencias que las afinidades”⁵⁷.



El mandato del mercado de arte *Los años noventa*

La crisis del proyecto de democratización cultural intentado por el radicalismo en los ochenta deja un espacio vacío y un campo artístico aun fragmentado a pocos años de la vuelta a la democracia⁵⁸. La iniciativa privada se cuele por los resquicios que deja el Estado en su retirada, y todo esto dentro de un contexto mundial globalizado, intercomunicado, mercantilizado y necesitado de fortalecer sus mecanismos de supervivencia. Así, el discurso del arte parece estar cautivo del circuito de difusión y comercialización de la obra de arte⁵⁹; pasando a ser esta un “producto artístico”. Serán los centros de poder económico quienes actuarán como legitimadores de las nuevas tendencias, y así, críticos, curadores y organizadores de encuentros artísticos internacionales ejercerán un poder discriminatorio.

Hay quienes destacan como característica marcadamente diferenciadora de la década anterior, a la tendencia expresamente *anti-política* del arte argentino. A mediados de los noventa, la obra de un grupo de artistas (con ideas particularmente románticas respecto de su posición como agentes del campo artístico), se instauró en Buenos Aires como la tendencia más relevante del período, influyendo a la siguiente generación de artistas. Nucleados inicialmente en torno al *Centro Cultural Ricardo Rojas* lograron afianzarse mediante una manifiesta e intransigente oposición al arte político, al tiempo que definían su tendencia artística como anti-instrumental y enfrentada a la profesionalización del campo artístico. De este modo, los artistas se fueron consolidando como una suerte de “*chicos marginales e inspirados*” que se enfrentaban también contra el modelo de artista como figura “comprometida”.

Así, en este entorno, surgirán manifestaciones artísticas “despolitizadas”, “introspectivas”, “minimalistas”; y todas ellas fuertemente individualistas.

Entre las corrientes que podemos encontrar en esta época se encuentra el retorno del *Kitsch* con resabios del *Pop*, que se afirmó como una tendencia frívola que pudo mezclar lenguajes y disciplinas (la pintura, lo tridimensional, la gráfica, la fotografía, la instalación y las nuevas tecnologías) creando lo que se dio en llamar: “*Nuevas expresiones*”.

Dentro de tan numerosas manifestaciones y sin poder definir límites de escuela, pueden sin embargo, agruparse por afinidad el trabajo de algunos artistas, ya sea por su temática, por su estética o por su técnica. Incluso, y en contraposición con el individualismo imperante, también existieron grupos de artistas que se unieron para determinadas acciones colectivas, sin individualización autoral y proponiendo acciones de conjunto (el *Grupo Escombros*, creado en lo sesenta, reanuda las acciones callejeras; el *Grupo Mondongo* y los equipos de *Arte Público*).



La última tendencia Siglo XXI

Finalizando este recorrido por nuestro quehacer artístico actual, y con él este cuadernillo, nos referiremos a la última tendencia en el arte argentino: el “**arte público**”; que si bien comenzó a manifestarse hacia fines de la década anterior; toma fuerza y se consolida por estos días.

La elección recae en él, por varios motivos; por ser el más cercano, porque se distingue claramente del “*elitismo*” que imperaba en la década anterior –donde el arte sólo es accesible para un grupo selecto– y porque surge como respuesta de adhesión a un hecho histórico fundamental en nuestros días: los festejos del Bicentenario.



Esta modalidad, como dice Alicia De Arteaga⁶⁰, en un artículo periodístico reciente; en realidad recupera una tradición que en la Argentina de comienzos del siglo XX dejó ejemplos notables. De aquellos años nos quedan esculturas de grandes artistas, como Rodin (*El pensador*) o Lola Mora (*Fuente de las Nereidas*).

Ahora se trata de gigantescos murales, como el de Pablo Siquier emplazado en una estación de subte (Estación 9 de Julio); exposiciones de escultura en plazas públicas, como la de Alberto Bastón Díaz emplazadas en la plaza “Rubén Darío”; y varios proyectos de arte público, como el jardín navideño que la ciudad de Buenos Aires le encargó al chaqueño Milo Lockett, emplazado en la “Plaza de la Flor”, sobre Figueroa Alcorta o la instalación de mundos plateados, creada por el orfebre Julio Pérez Sáenz para el “Palacio Duhau”, sobre la avenida Alvear. Incluso intervenciones urbanas, como la realizada en el año 2001, por el artista plástico Marino Santa María, en el *Pasaje Lanín*, calle del barrio de Barracas, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en la que intervino cuarenta fachadas a lo largo de tres cuadras y que fue inaugurada con la participación de artistas, vecinos y público en general y en el que actualmente se realizan actividades artísticas donde el público participa activamente.

El arte se acerca al pueblo, pero en este caso –y a diferencia del siglo pasado–, lo hará no como muestra de monumentalidad y fastuosismo, sino de participación, de interrelación del arte con el público, es para él, para su propio disfrute.

**Pasaje Lanín.
Intervención urbana de
Marino Santa María.**

